

LOS EFECTOS DEL RACISMO EN LA CONSTITUCIÓN DE LOS SUJETOS

CONVERSACIÓN CON ISILDINHA BAPTISTA NOGUEIRA

María Eugenia Noble

Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica

Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: ma.eugenianoble@gmail.com

ORCID: 0000-0002-4419-1529

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

NOBLE, M. E. (2026). Los efectos del racismo en la constitución de los sujetos.

Conversación con Isildinha Baptista Nogueira. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 7(1), 175-206. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/7.1.12

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Isildinha Baptista Nogueira es magíster en Psicología Social, por la Pontificia Universidade Católica de São Paulo, y doctora en Psicología Escolar y Desarrollo Humano, por la Universidade de São Paulo. Asimismo, tiene formación en Psicoanálisis en los Ateliers de Psycanalise, en París, con Radmila Zygouris, una de las fundadoras de la institución.

Es psicoanalista e investigadora y actualmente profesora en el Instituto Sedes Sapientiae, en San Pablo.

En 2022, fue nominada al Premio Jabuti de Literatura en la categoría Ciencia por su libro *A cor do inconsciente: Significações do corpo negro* (editorial Perspectiva, 2021).

INTRODUCCIÓN

Luego de haber escuchado o leído alguna vez a Isildinha Baptista Nogueira, resulta imposible no evocarla al pensar sobre lo *plural en psicoanálisis*. Tanto su obra como su recorrido dentro del mundo académico y psicoanalítico son un testimonio de que es posible pensar y ejercer un psicoanálisis plural, accesible, humano.

Isildinha fue la primera psicoanalista negra brasilera que escribió una tesis de doctorado sobre los efectos del racismo en la constitución del psiquismo y obtuvo reconocimiento internacional. Su obra va más allá de pensar el racismo en sus componentes históricos y políticos, ya que concibe sus efectos en los procesos de constitución de los sujetos. Así, los aspectos metapsicológicos adquieren un lugar fundamental y desafían lo universal en la constitución del psiquismo, categoría que reserva únicamente para la humanidad de los sujetos; eso es lo universal.

Su libro *A cor do inconsciente: Significações do corpo negro* (que en español se traduce como *El color del inconsciente: Significaciones del cuerpo negro*), publicado en 2021 por editorial Perspectiva, reúne años de investigación y escucha clínica. Aquí Isildinha plasma nociones propias cuya profundidad y riqueza las vuelve inevitables para pensar lo plural. El color de la piel como objeto mismo de la realidad psíquica, el *apartheid psíquico*, la articulación entre la dimensión simbólica del cuerpo negro y el ideal imaginario de *blancura*, son desarrollos que nos conducen, ineludiblemente, a la evidencia de que el racismo no es algo externo, sino una realidad que participa en la constitución misma del psiquismo, por lo que, de diferentes maneras, nos afecta a todos. Con esta finalidad, Isildinha realiza una exhaustiva relectura y reformulación de conceptos clásicos del psicoanálisis para pensar la especificidad de los sujetos negros.

En esta conversación, que originalmente se dio en portugués, intentamos transitar juntas los momentos fundantes de su propio recorrido y de sus ideas. Isildinha cree en el diálogo, en el intercambio dentro y fuera de las diferentes esferas psicoanalíticas, y esto ha quedado realmente en evidencia desde el momento en que la contactamos, en su disponibilidad, su cercanía y su generosidad constante.

Escucharla deja la certeza de que ella es su obra y su obra es ella, un verdadero ejercicio de acción ética que nos habilita a esperanzarnos en relación con el psicoanálisis y sus posibilidades de pienso y escucha.

María Eugenia Noble

MARÍA EUGENIA NOBLE: En nombre de todo el Consejo Editorial de *Equinoccio* te agradecemos mucho por brindarnos esta posibilidad de encuentro y conversación. Es muy importante para nosotros poder contar contigo para el número actual de la revista, titulado *Lo plural en psicoanálisis*, ya que se vincula muchísimo con tu pensamiento, con tu obra. Gracias por haber estado tan disponible.

ISILDINHA BAPTISTA NOGUEIRA: Yo creo que el mundo psicoanalítico necesita dialogar más. Necesitamos intercambiar sobre nuestras temáticas, que no son tan diferentes. La cuestión de la negritud no está tan alejada de la cuestión de los indígenas, en toda América Latina, de la cuestión de clase... En fin, necesitamos intercambiar y no solo hablarle a un pequeño grupo dentro de cada escuela. Aquí en Brasil y también fuera, he intercambiado con muchas escuelas, con muchos pensamientos diferentes. Esto tiene una cierta novedad para el mundo psicoanalítico, que siempre estuvo en sus pequeños círculos.

Yo pertenezco a Sedes Sapientiae como escuela de formación, que es tradicional en el sentido de que existe ya hace más de cuarenta años; es una escuela con una historia, que se posicionó siempre con un pensamiento democrático más de izquierda. Y están las otras escuelas, pero yo circulo por todas: la Sociedad de Psicoanálisis de aquí de San Pablo, la IPA internacional [Asociación Psicoanalítica Internacional]... Justo la semana pasada hablé en el Consejo de Mujeres de la IPA internacional. Hablo con todas las otras escuelas, incluso con el campo lacaniano, que tiende a ser más conservador: estuve con ellos en una charla en París que está en proceso de publicación. También con la gente del Espacio Analytique, que es el espacio de Maud Mannoni. Con muchos espacios porque creo que es en el intercambio que realmente vamos a cumplir nuestro papel.

Creo que nuestro papel no solo atañe a la escucha singular de nuestros pacientes en nuestros consultorios, sino que también hay un

papel social a cumplir: el de poder traer un psicoanálisis de calidad para todas las camadas de la sociedad, y no solo para una en especial. Que esa escucha pueda ser trabajada en todas las clases sociales, porque, a final de cuentas, el ser humano las habita a todas, con las diferencias y las posibilidades de acceso. Es importante que el psicoanálisis no esté dirigido solamente a una clase social más alta, generalmente de blancos. De cierta forma, otras clases —clase media, media baja y todos los que aun tienen dificultad de acceso a la ciudadanía— quedaban totalmente excluidas. No podemos excluir a los seres humanos de la posibilidad de verse, encontrarse, curarse de dolencias que son consecuencia de la propia sociedad.

M. EUGENIA: Para nosotros también es una tarea ética y política aportar desde nuestra institución a que haya más acceso a tus desarrollos y nociones. En el contexto de este número de la revista, que nos sitúa en *lo plural*, justamente se plantea el cuestionamiento de las condiciones universales de la constitución misma del psiquismo, y, en ese sentido, tu obra es muy potente, conceptualmente hablando.

ISILDINHA: No podemos universalizar las condiciones; si no, excluimos. En primer lugar, yo estoy muy agradecida por esta oportunidad. Porque cada oportunidad de hablar es una figura que vendrá conmigo en esta lucha de salir de una universalidad eurocentrada, para una pequeña burguesía, y traerle a nuestra gente, a nuestro tiempo, a nuestro pueblo, sin perder la calidad teórica, el pensamiento que sustenta efectivamente, teóricamente, al psicoanálisis. No se trata de no sustentar al psicoanálisis en su base teórica, sino de pensar, de actualizarnos con las especificidades y los sufrimientos de nuestro tiempo.

M. EUGENIA: Es claro esto en tu obra. Trabajás un componente social, histórico y político del racismo que es muy importante, muy valioso. Pero incluso vas más allá en una reformulación de la metapsicología...

ISILDINHA: Sí, porque considero que, cuando se hace una escucha clínica, todo esto viene junto, por decirlo de una manera. No es posible la exclusión porque no existe la neutralidad. Durante mucho tiempo, se pensaba al psicoanálisis y a los psicoanalistas como neutros, como si pudiéramos librarnos de nuestra nacionalidad, de nuestra clase social, de nuestra existencia en el mundo. Creo que esta idea de neutralidad volvió al psicoanálisis muy distante de la realidad, no permitió entender qué causaba sufrimiento en el momento.

Yo soy una freudiana ferviente, acostumbro a decir que soy *freudiana freudiana*. Y una cosa muy interesante de Freud es que cuando escribía decía algo así como: «Hoy yo pienso así, otros pensarán diferente a mí», y era capaz de revisar lo que hacía. No hizo un psicoanálisis que representara una verdad absoluta, hizo un psicoanálisis que tangenciaba el deseo de conocer en profundidad al ser humano.

Nosotros hicimos del psicoanálisis algo medio bíblico, de verdades. Pero incluso para aquel que lo concibió no funcionaba así, era: «Escribí aquello en aquel texto, pero repensé, rehíce, y hoy pienso así, pero mañana otros pensarán diferente». Incluso decía «Las histéricas son producto de su tiempo», es decir, él hacía esa conjunción. A veces me pregunto en qué momento fue que perdimos la capacidad de pensar al psicoanálisis en su tiempo, en su actualidad, en su momento histórico, político. Freud lo hizo cuando refirió a las histéricas, estaba pudiendo entender y hacer esta conexión, pero nosotros perdimos esto.

Creo que esta es una consecuencia —principalmente para nosotros, latinoamericanos— de lo que fue el colonialismo. En verdad el colonialismo es un brazo del capitalismo. En el capitalismo no hay lugar para todos. No hay lugar para todos... Principalmente en África y en las Américas se deshumanizó a sus seres originarios para poder esclavizar, brutalizar sin que eso fuera un problema moral. De allí en adelante, el colonialismo como acontecimiento histórico nunca pasó, se va actualizando. Hoy vivimos el colonialismo de la misma manera, pero actualizado, porque el capitalismo se actualizó. ¿Por qué no muere?, porque se actualiza, se acomoda, se reacomoda en la realidad actual.

Estamos viviendo un momento triste de la historia de la humanidad, sufrimos el riesgo de una tercera guerra mundial, como si no hubiera bastado la segunda, que fue un horror, que produjo tantos horrores. La realidad es que las guerras nunca pasaron, quedaron regionales, por decirlo de alguna manera. Pero, en este momento, a partir de un pensamiento de extrema derecha, que recupera o reinscribe el nazismo de una forma brutal, con las mismas características... Porque ¿qué es aquella milicia que Trump envió para expulsar extranjeros? Aquella milicia de encapuchados produce terror, mata, expulsa a las personas, encarcela. Leí recientemente en un diario que un niño pequeño, de cinco años, de origen ecuatoriano, fue preso junto al padre, usado como carnada. Entonces, los horrores de lo que fue el nazismo jamás acabaron, lo que fue el colonialismo jamás acabó. El colonialismo se actualizó en nazismo, que se actualiza hoy en día en un nazismo de extrema derecha, que hace algo más violento aún. No nos libramos de esta incapacidad de, en cierto modo, diplomacia, negociación, de lidiar con las diferencias, de que sea legítima nuestra lucha, que es de clases mismo. Incluso a nivel de países, como se acostumbra a decir, lo sur global está excluido de lo norte global, que es donde hay mucho dinero y condiciones.

Decir que el psicoanálisis es neutro... si nunca lo fue: no nació neutro y no es neutro. ¿Quiénes somos nosotros, los analistas? Hoy en día, cada vez que voy a hacer una presentación, sea cual sea —como haré hoy en la tarde en la periferia para analistas que están intentando hacer su formación, en su gran mayoría negros—, acostumbro a decir que la pregunta fundamental que debemos hacernos hoy es «¿Qué racista soy yo?». Dado que vivimos en un mundo que es estructuralmente racista, ¿quién de nosotros escapa al racismo?

Una cosa es entender cómo el racismo atraviesa al negro y cómo el racismo atraviesa al blanco. Y hoy pienso que el racismo excede a esa relación blanco-negro. El racismo llegó para todo aquello que es elegido como rechazable, excluible. La comunidad LGBTQIAPN¹ es racia-

1 Esta sigla es utilizada para referirse a la diversidad de orientaciones sexuales e identidades de género: lesbianas, gays, bisexuales, transexuales, queer, intersexuales, asexuales, pansexuales, no binarios y otras diversidades que se incluyen en el símbolo +.

lizada. El racismo, en verdad, presupone la deshumanización del otro; por lo tanto, puedo matar al otro. El racista se siente en el derecho de matar. Porque en su ideal, en su idealización del ser humano, no hay lugar para un ser humano que no refleje su propia naturaleza, esto es, un patriarcado heterosexual, una heterosexualidad blanca, fascista. Todo lo que no entra en este ideal, en este patriarcado, puede ser eliminado, queda por fuera. Entonces, hoy pensar al racismo como si fuera solo y exclusivamente algo de blancos a negros nos ha conducido al empobrecimiento y la ceguera.

El racismo cubre todas las *deshumanizaciones*, lo podemos decir así: todos los procesos de deshumanizar que la humanidad creó. Lo sur global, la comunidad LGBTQIAPN+. Brasil es el país donde más se mata a personas homosexuales y transexuales. Esto es un proceso de racialización. ¿Por qué estas personas merecen morir?, porque no están dentro del conjunto elegido como la normalidad, entonces deben morir. Freud ya hablaba de esto en el narcisismo de las pequeñas diferencias, no nos podemos olvidar.

M. EUGENIA: En tus conceptos esto está muy presente, ¿podemos decir que también en tu recorrido? Fuiste la primera brasilera en escribir una tesis de doctorado sobre la constitución psíquica del sujeto negro. La única con este enfoque...

ISILDINHA: La única no, en verdad tuvimos otras analistas negras brasileiras. Tuvimos a la fundadora de la Sociedad de Psicoanálisis, Virginia Bicudo. Y a Neusa Santos Souza, que escribió el libro *Tomar-se negro*² [en 1983], un libro bellísimo donde se refiere más a la función yoi-ca del negro. Allí ya hubo un comenzar a pensar en una metapsicología del sujeto negro. De hecho, por tener la mirada de las que me precedieron es que pude trabajar más metapsicológicamente esta cuestión. Y sigo haciéndolo, pretendo lanzar un próximo libro en el que voy a hablar de la clínica del sujeto negro, estoy trabajando sobre esto y pretendo,

2 El título de este libro podría traducirse como *Volverse negro* o *Devenir negro*.

cada vez más, partir del psicoanálisis, de la metapsicología psicoanalítica para entender al sujeto. Que no excluye pensar desde el punto de vista antropológico, sociológico..., al contrario. Pero es necesario que no paremos por ahí, porque, si no, no podemos escuchar clínicamente al sujeto.

M. EUGENIA: Tu voz surge en un momento de mucho silencio de este tema en el mundo psicoanalítico. Tuviste respuestas de personas como Françoise Dolto, que afirmó cuánto te debía el psicoanálisis en relación a este silencio.

ISILDINHA: Sí, cuánto el psicoanálisis me debe esto a mí, como decir: «El psicoanálisis te debe esto» o «El mundo psicoanalítico nunca pensó esto». Es decir, Fanon había comenzado a pensarlo, pero fue silenciado. Incluso porque él no era psicoanalista ni había sido psicoanalizado, entonces fue muy fácil para el mundo psicoanalítico decirle «Lo que estás diciendo no tiene ningún sentido». Pero él era un lector muy fino de Freud y comprendió el psicoanálisis como nadie. En su libro *Piel negra, máscaras blancas* [publicado originalmente en 1952] ya hay una metapsicología del sujeto negro. Pero, por ser psiquiatra, no fue considerado. Entonces Dolto me dijo: «El psicoanálisis te debe esto, te debe ese pensar, ese entendimiento».

Dolto me dijo eso personalmente en el año 1984, que fue cuando participé por primera vez en un congreso. Ella entendía que en aquel momento el psicoanálisis estaba orientado hacia las cuestiones de la clase media y la pequeña burguesía blanca, que no pensaba en los extranjeros, no pensaba las diferencias. Parecía que había normalizado la humanidad, congelado a la humanidad en determinada clase con determinados cuestionamientos. Y el modelo de sufrimiento pasó a ser el modelo de una determinada clase, no había diferencias. Esto casi hizo que el psicoanálisis desapareciera.

Hoy en día, en Francia, el psicoanálisis no tiene la fuerza que tiene en América Latina, en Uruguay, Paraguay, Argentina, Brasil. Porque esos psicoanalistas, no el psicoanálisis, no acompañaron su tiempo.

Tuvimos personas muy importantes que hicieron cosas muy importantes: Guattari —que era un amigo personal— con el esquizoanálisis; Foucault, que va a hacer un análisis increíble, sociológico, histórico, político, que nos hace atentos al sufrimiento humano. El sufrimiento humano pasa por esa relación de lo que entendemos de lo social, no está aparte, no existe una escisión entre lo que sufrimos dentro de la sociedad. Prácticamente todos nuestros sufrimientos vienen de esa relación con lo social, son con el otro.

En aquel momento Dolto supo ver esto, mirar esto, supo darle valor, y me lo dijo. Recientemente me encontré con una de las personas que estaba en ese congreso, Jurandir Freire Costa. Es un psicoanalista muy conocido aquí en Brasil, con quien estuve, de hecho, el año pasado en el Círculo Psicoanalítico de Río de Janeiro, haciéndole un homenaje a Neusa Santos Souza. Y cuando me lo encontré me dijo: «Me acuerdo de aquel momento que para mí fue muy marcante, Françoise Dolto diciéndote: “El psicoanálisis te debe esto, nosotros no llegamos ahí, nos negamos a mirar esto, la necesidad del psicoanálisis de pensar a los sujetos negros”».

En aquel momento eran los sujetos negros. Hoy, a partir de los planteos de Thamy Ayouch —que es una figura extraordinaria y un gran amigo mío—, entiendo que necesitamos avanzar en este tema del racismo. El racismo no más como algo localizado entre blancos y negros, sino entre todo aquello que no representa ese ideal de sociedad blanca, heterosexual, en ese sentido...

M. EUGENIA: ¿Y para vos qué significó este momento inicial? ¿Cómo fue escuchar este reconocimiento?

ISILDINHA: Fue muy importante porque lo que antecedió esta formulación de Françoise Dolto fue una conversación que tuve al llegar a Europa. Yo recién había llegado a Europa hacía dos meses y medio o tres, y Félix Guattari fue una de las personas que me recibió generosamente. Él era amigo de Suely Rolnik, mi tutora [de tesis de maestría]

aquí en Brasil, ella fue quien tendió este puente; le estoy muy agradecida, es una persona muy querida.

Félix me hizo una pregunta: «¿Qué viniste a hacer aquí?». Yo le contesté que había venido a hacer una pasantía con Maud Mannoni en Bonneuil para trabajar con niños psicóticos y que quería ser una psicoanalista: «Me gustaría hacer psicoanálisis, cuando vuelva a Brasil voy a luchar por hacer psicoanálisis». Yo tenía muy pocas posibilidades en aquel momento porque el psicoanálisis era algo exclusivo para una clase media alta, las escuelas eran para clase media alta y era muy caro hacer la formación psicoanalítica.

Él me dijo: «Pero ¿por qué?». Me preguntaba por qué no hacía un trabajo incluso desde una perspectiva psicoanalítica, usando al psicoanálisis pero dándole énfasis a las cuestiones de clase, más antropológico, sociológico... Entonces le pregunté: «Félix, ¿el psicoanálisis no sirve para pensar a los seres humanos, la historia, el tiempo, las sociedades?». «Sí, sirve...», me contesta. «¿Entonces? Yo soy la humanidad». Me dio un abrazo, muy emocionado, y me dijo: «Vas a ser una psicoanalista».

Entonces, cuando fui a ese congreso —sin saber hablar francés— fue a pedido de él. Me había dicho que se estaba yendo a un encuentro con un amigo italiano, Basaglia —con quien trabajaba con la misma concepción de comunidades terapéuticas— y que yo iba en su lugar: «Vos vas a presentar un trabajo». Le digo: «¿Pero yo de qué voy a hablar?», y me responde: «Vas a hablar de esto que estamos conversando en este momento».

Así que fue una cosa muy incipiente, una ponencia mala, pésima, yo estaba comenzando. Pero en aquel momento sentí que tendría un apoyo muy importante; primero el suyo, que ya era una figura conocida. Para llevar adelante mi proyecto era necesaria una lectura específica para el sujeto negro. Y cuando voy al congreso escucho esas devoluciones que te contaba recién.

Iba siempre con él a La Borde. Cuando le conté sobre el congreso, me dijo que él había sentido el mismo impacto y que estaba seguro de que sería así. «Tenés razón, no sabemos nada sobre esto, y creo que será un camino largo, pero necesitas estar en ese camino».

Ahí me presentó a Radmila Zygouris, que es con quien fui a hacer la formación después en los Ateliers. Ella es mi gran preceptora en el psicoanálisis, todo lo que sé de psicoanálisis lo aprendí con Radmila Zygouris. Es una gran maestra, estuve con ella el año pasado, tiene 91 años y es muy activa, muy lúcida. También me dio mucha fuerza en el sentido de lo que veníamos hablando; con ella fui estudiando y profundizando.

En aquel momento, a pesar de tener poca edad y madurez, yo entendía, por mi experiencia personal. Ya había terminado psicología y en el penúltimo año quise ir al análisis, porque sabía que para ser psicoanalista hay un trípode: análisis, formación y supervisión. Por algo tenía que empezar, así que busqué y busqué a un analista. Terminé encontrando a un excelente analista que, en aquel momento, era parte de la mayor escuela de psicoanálisis que teníamos en el país, una persona de izquierda, extraordinaria, que pudo aceptarme como paciente con un precio social, haciendo análisis cuatro veces por semana como dictaba aquella escuela, pero por un precio muy bajo, y era una figura maravillosa. El análisis fue avanzando, pero yo tenía siempre la sensación de que él no podía escucharme. Hasta que un día me dijo que le gustaría que fuera a ver a un psiquiatra.

Me asusté, me senté en el diván, lo miré y le pregunté por qué quería que fuera al psiquiatra. Me responde: «Porque vos ves racismo en todo. En Brasil no existe racismo». En ese momento me dije: «No me está escuchando. Él no puede escuchar el dolor que produce el racismo. Yo necesito a alguien que pueda escuchar eso para ayudarme a elaborar lo que es el proceso de vivir bajo el racismo a tiempo completo». Le escribí una carta agradeciéndole mucho y nunca más volví, era el tiempo en que no había red social, celular, nada de eso. Sabía que sería difícil, pero no quise volver más porque pensaba: «Me va a psicotizar». En aquel momento me psicotizó: «Ves racismo en todo» es como si me dijera «Sos paranoica». No, no soy paranoica, no voy a dejar que me patologice. El racismo existe, es real. En ese momento tomé esto como misión, pero teniendo muy claro que sería un trabajo de años, de mucho tiempo.

Entonces terminé siendo agraciada con esas personas que me adoptaron en Francia. Me formé allá. Volví a Brasil —yo quería volver a Brasil— y defendí mi doctorado, que se convirtió en el libro *A cor do inconsciente. Significações do corpo negro*. Empecé por la universidad por una simple razón: ninguna escuela de psicoanálisis me iba a aceptar, mucho menos con este tema, estoy hablando de hace treinta años atrás. Entonces fui a la universidad, encontré a una profesora extraordinaria, Iray Carone, que aceptó, que le encontró sentido a lo que yo decía. Yo quería que el título de la tesis fuera: *El color del inconsciente. Significaciones del cuerpo negro*, pero me aconsejaron no usar esa expresión: «el color del inconsciente», porque el inconsciente no tiene color; cuando, en verdad, era una provocación, incluso para reafirmar esa diferencia del inconsciente. Hoy en día, cuando digo que somos todos racistas, tiene que ver con eso.

Albert Memmi, que fue un ensayista francés maravilloso, contemporáneo de Fanon, escribió el libro *Le racisme* [en 1982], que tengo en la mesa en mi consultorio. Fue escrito en la década del ochenta, pero tiene una actualidad enorme. Él dice que el racismo, en cuanto entidad teórica, no significa nada. Y que va a necesitar operadores, pero ¿quiénes son los operadores del racismo? Somos nosotros, blancos y negros. Una cosa es entender cómo el racismo atraviesa al negro y otra cosa es cómo atraviesa al blanco. Hasta entonces, hace más de cuarenta años, cuando comencé a pensar este tema, el racismo era algo que se entendía desde el blanco hacia el negro, pero el blanco no era atravesado por el racismo. Como si el racismo viniera de la nada o de un ideal social, antropológico, sin que hubiera un atravesamiento del inconsciente. Si le preguntáramos a cualquier persona por qué es racista, no sabría responder, no es algo consciente. Por eso es difícil terminar con el racismo, porque no es consciente.

Thamy hizo un libro ahora, maravilloso, que se llama *La raza en el diván: Lo psíquico es político* [de 2025], donde habla sobre lo racial infantil, lo racial que viene antes del nacimiento del sujeto. Porque es estructural. Él amplía el concepto de *racismo* porque va a hablar del racismo como la exclusión de todo aquello que no representa al ideal eurocentrado.

M. EUGENIA: Vos también hacés referencia a la inscripción del racismo previamente incluso a vivenciarlo...

ISILDINHA: Exactamente. Jurandir Freire Costa refiere a que a partir del momento en que el niño se depara, en las relaciones, en la socialización, con el racismo, cuando lo vive, es que accede a la consciencia del racismo. Yo digo: no, es anterior a eso, mucho antes de ese momento, porque está en nuestro inconsciente, es una transmisión transgeneracional inconsciente. Si le pregunto a alguien de la nada: «¿Sos racista?», va a decir: «No, no lo soy, pero sé quién sí lo es». Porque es muy difícil admitir el racismo en nosotros mismos. Cuando dije esto por primera vez, algunas personas del movimiento negro se molestaron mucho conmigo. Inclusive algunos analistas con nombres bien posicionados me decían: «No digas eso». Eran analistas con herencia de negros, pero pardos, de piel clara, me decían: «No digas eso, nosotros no somos racistas». Sí, somos racistas, vivimos en una sociedad estructuralmente racista. ¿Quién escapa a las estructuras de poder? Ahora, cómo el racismo actúa en mí es diferente a cómo el racismo actúa en el blanco, es necesario entender las diferencias, pero no puedo eximirme de ese proceso. Generalmente el racismo en el negro es la autodestrucción de sí mismo, por eso tantos negros se suicidan, tantos negros se psicotizan, por el deseo de blancura. *Blancura* es un concepto que yo creé, que es diferente al de *blanquitud*.³ La blancura tiene que ver con la majestad moral, el pensamiento ético y moral, la belleza helénica, todo aquello que caracteriza y es parte del concepto de *humanidad*. Porque nosotros, los negros, y los indígenas fuimos deshumanizados, y no tenemos espejo posible en el proceso de humanización. Era necesario entender esto, si no logramos entender esto vamos a continuar sufriendo sobremanera.

3 Isildinha utiliza los términos en portugués *brancura* y *branquitude* como dos conceptos diferenciados. Para este texto han sido traducidos como *blancura* y *blanquitud*, respectivamente.

Y los analistas necesitan entenderlo. Porque hay algo extraño... Durante mucho tiempo, cuando se creyó que el psicoanálisis era neutro y los psicoanalistas eran neutros, como si vivieran aparte de las estructuras de poder, no se pensaba en esto. El setting analítico es un interjuego de inconsciente a inconsciente: no es solamente el paciente el que tiene inconsciente, el analista también tiene inconsciente. ¿Y cómo actúa su inconsciente en ese momento? Muchas veces hacemos interpretaciones que no entendemos en la consciencia, por qué dijimos aquello, es nuestro inconsciente actuando. Si nuestro inconsciente es racista y no nos damos cuenta de eso, vamos a reproducir el racismo, sin ningún cuidado, y no nos vamos a hacer responsables porque lo inconsciente no está bajo nuestro control. No tenemos control sobre el inconsciente, pero es vivo, es actuante. Cuando Freud dice: «El Yo no es amo en su propia casa», está hablando de esto.

Me preocupaba mucho que esto no fuera tomado en serio. Freud escribe su texto *El malestar en la civilización*, que fue traducido después como *El malestar en la cultura*, pero no se trataba de lo cultural. Civilización tiene que ver con humanidad, es de otro orden. Y allí describe la naturaleza humana, cómo el ser humano es capaz de explotar, de esclavizar, de usar al otro... Esa es nuestra naturaleza, no es la que el ideal cristiano intentó transmitirnos, la bondad, el respeto al otro... Eso lo hacemos porque hay un orden. ¿Te imaginás, si no lo hubiera, quién de nosotros se asomaría a la ventana o saldría a la calle? Es porque existe una norma jurídica que nos dice qué derechos tenemos, que vivimos en sociedad, y aun así no respetamos una buena parte de las leyes. La exclusión que se hace con las clases menos favorecidas es hecha sin ningún principio de culpa. Se hace porque se cree en la superioridad de una clase determinada, semejante a la moda de Gobineau, que allá en el siglo XIX hacía una diferencia entre la realeza y el resto de la población por la «sangre azul». Decía que la realeza tenía una sangre que le permitía ser especial, mientras los demás no tenían esa sangre y, por lo tanto, podía sucederles cualquier cosa. En 1855 publicó su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, su obra

más famosa, considerada como una de las pioneras en la defensa del racismo y de la génesis de lo que se conoció como *racismo científico*.

Aún vivimos así hoy, y Freud percibe esto con mucha tristeza y publica ese texto [*El malestar en la cultura*] en la década del treinta; ya había visto los horrores de la primera guerra mundial.

Cuando habla de nuestra naturaleza capaz de explotar, capaz de esclavizar, capaz de abusar sexualmente, no está hablando sobre el vecino, está hablando de nuestra naturaleza. Entramos en un proceso de negación hasta de las propias enseñanzas de Freud, a tal punto de no acordarnos que hablaba, sobre todo, de nuestro inconsciente. El *setting* analítico no se trata solo del inconsciente del paciente, de que solo el paciente tiene inconsciente allí y solo el paciente no tiene el control sobre su Yo. Nosotros, los analistas, tampoco. Y los atravesamientos de la cultura, del proceso civilizatorio, no son solo del paciente, me atraviesan a mí, al paciente y a todos nosotros.

M. EUGENIA: A diferencia de lo que contás sobre tu tesis, cuando se publica como libro sí lleva como título *El color del inconsciente...* De hecho, hay una idea que creo que tiene mucha fuerza, que es tu referencia al color de la piel como un objeto de la realidad psíquica. ¿Podemos decir, hoy, que el inconsciente tiene color?

ISILDINHA: Sí, en ese sentido de que lo negro habita el inconsciente, lo negro piel, lo negro color está en nuestro inconsciente. Ahora, ¿de qué manera está en nuestro inconsciente?: de manera deshumanizada. Por eso es posible matar, esclavizar, brutalizar al negro. Porque fue deshumanizado, fue destituido de su humanidad para poder ser explotado. Qué fue la esclavitud si no el servicio sin remuneración, la brutalización del cuerpo y el terror psíquico provocado a través de dicha brutalización. Y esto no dejó de suceder... ¿Me preguntás si el inconsciente tiene color? Lo que entendemos por *inconsciente* tiene ese cuerpo negro que es marcado por el proceso de deshumanización, por eso la brutalización con el cuerpo negro.

Hoy podemos pensar que el colonialismo eligió a los sujetos que habitaban África y América Latina como sujetos que debían ser deshumanizados para ser utilizados como mano de obra no remunerada, es así como Europa rehace sus cofres. El colonialismo no surge de la nada, surge en un momento en el que Europa estaba naufragando en la miseria, ya no tenían cómo reforzar sus economías; entonces, crean el colonialismo para la explotación de riquezas de otros continentes. Pero para esto no venían hasta aquí los europeos. Los europeos inmigrantes —que eran los pobres de Europa— solo vinieron al final del proceso de esclavitud y como mano de obra remunerada, con cesión de tierras, por eso progresaron tanto. Mientras que los negros fueron traídos, desde el comienzo, como verdaderos animales. Con los indígenas el colonialismo no logró lucrar tanto, porque los indígenas estaban en su lugar, conocían el continente como nadie, tenían movimiento, ya sabían vivir allí, tenían una economía, una vida y una situación propia. No veían la necesidad de asimilar al cien por ciento a los europeos, no los necesitaban para sobrevivir.

Pero los negros, deshumanizados, traídos a un continente extraño, sin hablar la lengua y tratados como animales, no tenían cómo escaparse de esto. No quiere decir que no haya habido revueltas, hubo muchas. Pero, obviamente, los europeos tenían la fuerza de las armas, de la brutalidad. Los europeos tenían la máquina de brutalizar, la máquina de aterrorizar, los africanos no. Ellos, en este sentido, crearon la guerra, la guerra brutal, la que mata, la guerra de las armas. Crearon el terror. Fuimos traídos en la condición de esclavos, en la condición de ser explotados y deshumanizados. Entonces, en el inconsciente se inscribió este proceso de deshumanización, que se fue dando a lo largo del tiempo.

El año pasado, en Río de Janeiro, tuvimos más de ciento veinte cuerpos extendidos, asesinados en una favela. Decían que todos eran *delincuentes*,⁴ pero incluso si todos lo fueran, el ordenamiento jurídico

⁴ En la conversación, Isildinha utiliza el término *bandido*, haciendo referencia a la denominación popular.

establece que una persona que está fuera de la ley debe ser juzgada, presa, cumplir su sentencia. Pero los negros no tienen derecho al ordenamiento jurídico porque no hay necesidad. Aún hoy se mata al negro sin conocer su identidad o qué hacía, simplemente se dispara. Recientemente, tuvimos la muerte de una médica oncóloga negra, que estaba dentro de un auto, pasando, y por ser negra, la mataron. Después se supo que era una médica, oncóloga, pero primero le dispararon, no tenía nada que ver con la delincuencia, simplemente había ido a visitar a sus padres y a la vuelta del paseo fue muerta, porque por ser negra podía ser parte de una banda criminal y podía ser muerta sin preguntarle quién era. No pararon su auto, ni la hicieron bajar ni le preguntaron quién era, no: le dispararon y le quitaron la vida. Entonces, este aún es un proceso inconsciente, ese inconsciente no cambió. El mundo aún piensa a los negros en esta condición de deshumanizados, de absolutamente deshumanizados...

M. EUGENIA: ¿Tiene esto que ver con tu noción de *apartheid* psíquico?

ISILDINHA: Sí, el *apartheid* psíquico es esto, esa separación entre blancos y negros de una manera muy clara, es una línea imaginaria. El blanco se siente superior al negro imaginariamente. Entre blancos también existe, no es que por ser blanco pertenezcas a una clase acomodada, también los blancos habitan diferentes clases sociales. Pero entre blancos hay un proceso de semejanza que ocurre con normalidad. Sin embargo, de blancos a negros no hay semejanza, no hay semejanza en la humanidad, no importa quién es el negro.

Entonces vivimos en este *apartheid* psíquico que es un *apartheid* imaginario, pero esta división existe y no se borrará tan pronto, no sé si algún día lo hará. Creo que el objetivo ni siquiera es hacerlo desaparecer, sino generar consciencia de cómo es que las cosas suceden, porque esto es lo que va a producir el cambio. El blanco no tiene consciencia de su lugar racista, odia decir «Soy racista» porque ahí entra en una cuestión moral, moral cristiana, cómo mato a un otro. Pero la sociedad brasilera, cuando vio estampado en el periódico los ciento

veinte cuerpos negros —no todos eran delincuentes—, allí extendidos, festejaron, aplaudieron. ¿Por qué? Porque son negros, y tenemos que eliminar a los negros.

Siempre hubo proyectos destinados al borramiento de la población negra aquí en Brasil y en cualquier lugar del mundo. En Estados Unidos vemos toda la brutalidad del racismo aún hoy. Hay, sin embargo, una diferencia entre los negros estadounidenses y los negros brasileros, y es que ellos fueron indemnizados por la brutalidad de la esclavitud, entonces tuvieron dinero para empezar. Hay una clase media alta entre los negros estadounidenses debido a esto, por las indemnizaciones, recibían tierras o dinero, entonces pudieron apalancar la propia vida. Hay una población negra en Estados Unidos que aún sufre mucho la miseria, pero con posibilidades de acceso, hay universidades para negros, por ejemplo, a diferencia de lo que sucede en Brasil.

M. EUGENIA: En tus desarrollos conceptuales destacás la importancia de esta relación entre una dimensión —que es simbólica— del cuerpo negro y un ideal imaginario de blancura. Y creás una idea, muy interesante, de lo sobrepuesto, a diferencia de lo impuesto... ¿Cómo se da este proceso?

ISILDINHA: Lo sobrepuesto refiere a que, al nacer, el niño ya está bajo esta mirada de una madre que no reconoce a ese cuerpo negro porque desea la blancura para su hijo; antes ya deseaba esa blancura para sí misma. La blancura es la majestad moral, referida a condiciones éticas y morales, a la belleza helénica, la ciencia, el conocimiento... Esa madre desea eso para sí misma y lo desea para su hijo, pero su hijo está dentro de un cuerpo que estuvo siempre, simbólicamente, en un lugar de muerte, de muerto, de no existente, de aquel que debe morir, de aquel que no tiene condiciones para la blancura.

Acostumbro decir que la blancura es deseo de blancos y de negros, la diferencia es que el negro no tiene la condición natural para la blancura, y el blanco sí la tiene. Los blancos también quieren ser grandes médicos, jueces, ingenieros, quieren ser bellos... No todos los blancos

son bellos —la belleza es un deseo de todos—, pero sí tienen una condición natural para la blancura, que no pasa solo por lo económico: primero pasa por el propio color de la piel. Por eso lo defino como *blancura*, que es diferente del concepto de *blanquitud*.

El ideal de blancura es este deseo. Ayer mismo, Paulo Cesar Endo, un profesor extraordinario del Instituto de Psicología de la Universidad de San Pablo, me dice —porque en verdad yo soy la primera psicoanalista negra con reconocimiento internacional y en toda la comunidad—: «Vos traés contigo insignias de blancura que te legitiman». Yo fui a formarme en Francia, detrás de mí estaban Radmila Zygouris, Félix Guattari... Ellos me decían: «Nosotros te vamos a narcisizar positivamente para que puedas tener la confianza». Es como si yo hubiese sido narcisizada analíticamente para tener confianza de profesión. Entonces, este profesor me dice: «Fue más fácil para vos por eso, porque tenías las insignias de blancura». Para que tengas noción de la realidad de esto, al principio de mi carrera, por haber ido a la Universidad de San Pablo, tenía mucho vínculo con sus profesores y ellos me derivaban muchos pacientes. Pero los pacientes llegaban a mí con mi currículum en la mano o, si no, hablando en francés. Esto era para poder aceptar mi negritud: «Esta es una negra que tiene signos de blancura». Esto sucedió durante mucho tiempo, hoy ya no. Pero porque me volví una persona pública, entonces me buscan por eso.

De hecho, ya no tengo horarios en mi agenda hace muchos años. Hace unos treinta años, ocho meses después de haber vuelto de Francia —volví en el 89— tenía el mismo número de pacientes que tengo hoy. Nunca lo disminuí: catorce pacientes por día. Me dediqué mucho a la clínica durante mucho tiempo de mi vida, durante más de veinte años me dediqué exclusivamente a la clínica, trabajando e investigando, pero en la clínica. Cuando decidí salir de la clínica —hoy doy clases y estoy en otros espacios—, tuve que disminuir un poquito esa agenda, pero no mucho.

Y, en verdad, todo esto es como me dijo Paulo ayer, por venir «desde afuera». «Si hubieses salido de ahí...», como Virginia Bicudo, Neusa Santos Souza o Lélia Gonzalez... Ellas fueron todas psicoanalistas

negras, actualmente tienen mucha presencia y su obra tiene mucho reconocimiento, pero eso fue posterior a sus muertes, no en vida. Yo, como hice ese circuito desde afuera, tuve más «legitimidad», entre comillas, más aceptación, digámoslo así. Vine con esas insignias desde fuera, insignias de blancura, por eso fui aceptada.

Pero el ideal de blancura es el ideal de todo negro, que tiende a asimilar esto para poder tener su humanidad y ser aceptado; él quiere ser, en su ideal, un blanco. Nunca lo será, por su condición biológica, y es necesario que pueda «curarse de esto» porque es exactamente lo que lo llevará a la muerte, a la autodestrucción. Al entender que su cuerpo va en contra del ideal de blancura, tiende a destruir el propio cuerpo. Es un proceso muy complejo: yo deseo la blancura y lo que se opone a la blancura es mi propio cuerpo, entonces tiendo a destruir mi cuerpo.

M. EUGENIA: Y la vergüenza tiene un lugar muy importante en este proceso...

ISILDINHA: Muy importante, la vergüenza de sí, la vergüenza de aquello que se es. Los negros en Brasil han tenido muchas dificultades de conexión, y el movimiento negro recupera esto: los reúne. Hace un poco lo que hizo aquel movimiento estadounidense de la década del cincuenta, un poco antes, llamado «Black is beautiful». El movimiento negro comienza a hacer afirmaciones: somos bonitos, somos una cultura, tenemos un origen, una lengua. Intenta recuperar de afuera hacia adentro, lo cual funciona, tiene una importancia y una funcionalidad. Sin embargo, efectivamente esto no resuelve el problema desde el punto de vista metapsicológico. Pero fue y es muy importante, le debemos mucho al movimiento negro.

Lo que sucedía era que el negro tenía vergüenza de sí; por lo tanto, tenía vergüenza del otro negro. Por ejemplo, yo la mayor parte del tiempo circulo en ambientes absolutamente blancos, con muy pocos negros. Como en el ambiente psicoanalítico. Yo voy mucho a la Sociedad de Psicoanálisis, tenemos muy buena relación, pero cuando

entro allí soy la única negra, soy la única negra en un espacio blanco. Entonces, el miedo que los negros tenían era, por ejemplo, encontrar a otro negro en ese espacio, porque yo sé lo que voy a hacer, pero no sé qué va a hacer el otro, vaya a saber si el otro hace una tontería que denuncie la negritud. Entonces no lográbamos tener esa aproximación. El movimiento negro trabajó maravillosamente esto, hoy está más extendido.

Yo mantengo un grupo que crece cada día, que es para jóvenes analistas negros en formación. Hay negros de todo Brasil, es virtual, y allí trabajamos lo teórico en grupos de estudio y además con supervisión. Es muy interesante cuántos negros están ahora queriendo ser psicoanalistas, es una oportunidad que se está gestando recientemente, no estuvo siempre a mano para que nosotros pudiéramos disfrutar de esto.

M. EUGENIA: Hablando de los aspectos teóricos, vas haciendo en tu obra una vuelta a la lectura de diferentes nociones del psicoanálisis clásico. Por ejemplo, revisitás el estadio del espejo de Lacan para hablar de la singularidad de las niñas y los niños negros, estableciendo una forma no universal de constitución del Yo. ¿Podemos decirlo así?

ISILDINHA: Sí, sí, es una especificidad en el sentido de la diferencia que hay entre un niño blanco y un niño negro. El proceso es el mismo, pero cómo va a darse es distinto y las consecuencias de ese proceso son otras. El niño negro se mira y tiende a rechazar la imagen que ve. Porque no identifica esa imagen que ve con la imagen del deseo de la madre, que es la de un niño blanco, no de un niño negro. Entonces, es una forma de pensar una especificidad de lo humano.

El psicoanálisis tiene una «universalidad» [gesto de comillas realizado por la entrevistada] cuando va a pensar una condición humana, pero la condición humana es diferente según el lugar, la cultura, el momento histórico y político, no nos podemos escapar de esto. El psicoanálisis fue muy importante para poder entender la metapsicología

del sujeto negro, pero originalmente la metapsicología que crea Freud no habla del negro, no habla del niño negro. Habla de un ser universal que, en verdad, hoy entendemos que no existe. Sí existe en la humanidad, pero no como sujetos; como sujetos singulares somos muy diferentes en nuestras especificidades. Somos universales dentro de la categoría a la cual pertenecemos, pero somos singulares y tenemos especificidades dentro de esta gran categoría que es la de *humanos*.

M. EUGENIA: Y hablando un poco de la clínica, ¿cómo explicarías la importancia de tener en cuenta esta noción de *blancura ideal* y el proceso de constitución psíquica específico de los sujetos negros?

ISILDINHA: A partir del momento en que nosotros, analistas, blancos o negros, tengamos clara esa especificidad, esa diferencia, nuestra escucha cambiará mucho. Nuestra escucha no estará en el lugar de fortalecer una idea de deshumanización del sujeto negro, porque esa es la imagen interna que tenemos: el negro no es un humano, es un «semihumano».

Tenemos aquí en Brasil, en la Biblioteca Nacional en Río de Janeiro, el estudio de un médico francés que fue invitado por la corte brasilera, en 1873, y hace un estudio donde prueba la inhumanidad del negro; concluye que el negro es un semihumano. Va a decir que el negro es propenso a la vagabundería, al alcoholismo, que no genera lazos sociales o filiales, no logra formar familias, no posee una comprensión ética y moral del mundo, ya que al no sentir dolor en los castigos a los que eran sometidos, no pueden adquirir nada de orden moral ni ético. Son semihumanos, no son humanos.

Esta imagen es la que nos habita, la de la inhumanidad del negro. El mundo es absolutamente indiferente a las guerras que ocurren en el continente africano, la brutalidad, las guerras, nadie se mueve por esto. Sin embargo, la guerra europea hace toda la diferencia, hablamos de eso, lo comentamos. En África esto sucede a diario y no tiene ni la menor importancia, justamente porque están fuera de esa condición

de humanos. Entonces, en la clínica, si estoy de acuerdo con esa concepción de mundo, aun de forma inconsciente, voy a hacer una escucha que está en este lugar. Por lo tanto, voy a tener la tendencia a patologizar a aquel paciente.

Una vez me preguntaron si un negro atendería mejor a un negro, contesté que no. Si un negro no tiene un proceso de análisis o no tiene esta consciencia de cómo se formó el pasado sociohistórico que, a su vez, formó al inconsciente, en lo colectivo, en lo social, tampoco es capaz de hacer una escucha que tenga en cuenta estos lugares, sino que escuchará a través del concepto de blancura, no a partir de la propia negritud. Porque no es a partir de lo blanco, lo blanco en sí es un elemento neutro en la humanidad. Lo negro no es un elemento neutro en la humanidad, la diferencia está ahí. Así que no importa si el analista es blanco o negro, sino la consciencia que tenga para esta escucha.

Tampoco se trata de hacer militancia en la clínica. Digo esto: clínica no es militancia, militancia no es clínica, son dos cosas completamente diferentes. Puedo ser una militante o una simpatizante del movimiento negro. La militancia es el espacio de lucha por las condiciones de ciudadanía, por políticas públicas, por todo aquello que se relaciona con los derechos de ciudadanía, eso es militancia. La clínica es la escucha de lo singular del sujeto, que pasa por lo anterior, pero no es eso. Una vez recibí en el consultorio a una paciente negra que llega y me dice: «Mirá, vine a buscarte, ya leí tu libro, ya leí el libro de Lélia Gonzalez, soy militante, pero no quiero que me hablen de militancia, yo quiero alguien que me escuche».

A mí eso me quedó muy claro, que el espacio de la militancia es el espacio de la reivindicación social por ciudadanía. Hay una consigna, qué vamos a buscar en lo social: vamos a buscar aquello que nos falta en lo social, es decir, mejores condiciones de educación, de salud, de vivienda, de trabajo, de ciudadanía. Hay consignas, palabras de orden, banderas. En la clínica no hay una consigna de orden, no hay banderas. La clínica es la escucha de lo singular, pero si yo no sé todo esto, tampoco soy capaz de realizar la escucha.

No le voy a decir a mi paciente: «Escuchame, viniste aquí esclavizado, por eso sos así, así, así...». No tiene el menor sentido. Todo eso va a estar en su discurso, yo lo tengo que tener claro en mí, para poder percibirlo. Por ejemplo, tuve una paciente negra de piel muy clara, considerada *blanca* en Brasil, cuyo padre era negro y la madre era blanca, era una familia interracial. Ella me dijo: «Yo nunca sufrí racismo en mi casa», pero luego describió una escena de cuando era niña y la madre le decía: «¡Al menos podrías haber nacido con mi pelo!». ¿Percibís la sutileza? En su cabeza ella nunca había sufrido racismo. El racismo que ella sufrió es transgeneracional, va de generación en generación. Probablemente la madre no se percibe como racista, pero expresa ese discurso a través del comentario «Podrías haber nacido con el pelo igual al mío».

M. EUGENIA: Ahí está presente la especificidad que planteás con relación a la constitución del Yo, atravesado por el deseo materno...

ISILDINHA: Exactamente. Y del racismo que atraviesa ese inconsciente. Entonces, la clínica es de otro orden, va a escuchar al sujeto en su singularidad, en su romance familiar, en su relación con lo social, en su lugar dentro de esta sociedad. Pero no me compete a mí decirle: «Vamos a levantar una bandera porque necesitamos más escuelas, más educación, más salud».

M. EUGENIA: ¿También estaría presente el riesgo de la invisibilización de la negritud y de la blancura en la clínica? Porque socialmente hay una invisibilización de todo este proceso... Sería algo así como la importancia de la consciencia de «qué racista soy yo», como vos expresás.

ISILDINHA: Se corre ese riesgo. Si no existe esa consciencia, somos incapaces de escuchar en la clínica. Por ejemplo, los blancos de una clase social más pobre, con más dificultades, también se ven de alguna

manera racializados, no se sienten como los blancos de una clase más alta, pero se sienten superiores a otros de su propia clase que consideran inferiores. Entonces, la escucha clínica es la escucha de la singularidad del sujeto, que está atravesado por todo esto...

Es como escuchar lo femenino en la clínica, que también pasa por esa negación de una sociedad absolutamente machista. También tenemos que poder escuchar lo femenino desde otro lugar. Creemos que el machismo está solo en los hombres, pero muchas veces está en las mujeres, porque el machismo también nos atraviesa a todos, hombres y mujeres, como el racismo. Muchas veces hacemos, en la clínica, una reafirmación del machismo o del racismo por no hacernos esa pregunta o no tenerla en la mente.

Es fundamental que nosotros mismos nos demos cuenta de nuestra racialidad, de nuestro proceso de racialización, seamos blancos o negros, de nuestro machismo, seamos hombres o mujeres, de nuestra humanidad dentro de la clínica, porque no existe la neutralidad. Esa idea de un analista negro, que puede escuchar cualquier cosa, que no tendrá atravesamientos, eso no existe.

En los principios del psicoanálisis en Brasil había una enorme mayoría de analistas hombres. ¿Cómo escucharon esos hombres a las mujeres? ¿Será que fueron capaces y sensibles para, efectivamente, escuchar a las mujeres? ¿O escuchaban a través de su propio machismo?

¿Por qué eran mayoría de hombres en Brasil? Primero, porque cuando el psicoanálisis llega a Brasil solo era permitido para psiquiatras, médicos, y casi no teníamos mujeres psiquiatras. Aun Freud, siendo un médico, neurólogo, no decía que el psicoanálisis fuera exclusivo para médicos, neurólogos o psiquiatras, sino que era para todos aquellos que realizaban un proceso de formación teórica y analítica con supervisión.

Creo que tenemos que reformular el modo en que nosotros, analistas, nos vemos dentro del proceso analítico. Digamos que excluimos nuestra humanidad del proceso «porque somos neutros». Podríamos escuchar a cualquiera y cualquier cosa. Para empezar, esto no es verdad y nunca lo fue. ¿Cómo es para vos escuchar a un torturador?, ¿está

todo bien para vos? Evidentemente, como ser humano tiene derecho a un tratamiento, pero es necesario que yo tenga consciencia de si puedo con eso o no. En Brasil tuvimos un proceso espantoso de dictadura militar, brutal, de eso eran parte los torturadores. En una ocasión recibí a un señor, ya muy viejito, que había sido un torturador. Le dije: «Mire, no tengo condiciones para atenderlo, lo voy a derivar, porque en la época en la que usted practicaba estas cosas, desaparecieron amigos, familiares míos fueron torturados, etc. Yo no voy a poder, tengo otra relación con esto que usted necesita y debe trabajar, y usted tiene todo el derecho a hacerlo». Él me agradeció, entendió, me dijo: «Usted podría hoy querer vengarse de eso...». Difícilmente, pero no tenemos ese control. Qué condiciones tendría yo, con mi pasado, viniendo de una familia obrera, luchadora, de izquierda, habiendo perdido amigos..., cómo iba a escuchar a esta persona, blanca, de alto rango del ejército, torturador... Yo no tenía ninguna condición para escucharlo sin estar atravesada por todo lo que la historia me hizo vivir. Entonces, nunca existió esa neutralidad, pero jugamos a eso durante mucho tiempo, de ahí la importancia de preguntarse.

M. EUGENIA: Cuando hacés referencia a los analizantes llegando con tu currículum en la mano, también estás hablando de tu presencia en la clínica...

ISILDINHA: Negra, sí, de mi presencia negra. Tuve una paciente una vez, en un consultorio que tenía junto con varios amigos en un barrio de clase media alta, que vino derivada por un médico de la Universidad de San Pablo y, cuando voy a atenderla, a abrirla la puerta, me dice: «Quiero hablar con la Dra. Isildinha». Le digo: «Soy yo misma». Ella se da vuelta y se va. Yo entendí lo que había pasado. Una semana después me llama y agenda otro horario, le pregunto por teléfono: «¿Usted está segura de que quiere venir aquí?». Me contesta: «Yo necesito ir ahí». Bueno, agendamos, viene, entra, se sienta en el sillón, era la primera entrevista, y me dice: «Te quería pedir disculpas, quedé tan impactada porque nunca vi a un negro como un psicoanalista». Esta

paciente estuvo años conmigo, pero pudimos trabajar esa presencia negra corporal. Me decía: «Sé de tu currículum, sé de tu capacidad, pero en aquel momento fue más fuerte que yo...». Es decir, lo inconsciente allí: no soporté la idea de verte en ese lugar. Creo que esto no se puede negar, hoy es diferente, las personas saben que soy negra y ya vienen a buscarme conociendo esa condición. Yo atiendo a personas de una clase media alta que ya saben esto y tienen otra relación con esto, lo cual no implica que ese inconsciente no estará actuando, tanto de su parte como de la mía. Por mi parte, me requiere mucha consciencia en relación a esto.

M. EUGENIA: Como te dice Radmila Zygoris, después de tu exposición: «Ese discurso sos vos».

ISILDINHA: Dolto me dijo: «No vamos a comentar tu discurso porque tu discurso sos vos». Vos sos esta persona negra, que no tiene ese lugar posible de escucha dentro del psicoanálisis, de ahí que el psicoanálisis te debe esto. Sí, soy esto. Ahora, la consciencia de esto no me hace hablar desde otro lugar que no sea el mío. ¿Cuál es mi lugar? De humanidad, no de inferioridad. Es de pertenencia a la humanidad. Esta es una consciencia que tengo muy clara para mí. Aparte de las diferencias y las especificidades de nuestras historias, yo me siento parte de la humanidad, yo soy la humanidad. No tengo esa no consciencia de mi humanidad, y eso hace a la diferencia. Ser negra y ser un ser humano, no ser una negra que duda de la propia humanidad. Yo no dudo de mi humanidad.

M. EUGENIA: Creo que no hay mucho que se pueda decir después de esto... ¿Te gustaría agregar algo más para ir cerrando todo esto que fuimos compartiendo, que ha sido tan rico?

ISILDINHA: Me gustaría felicitarlos por la valentía de ir a contra-mano de la tradición psicoanalítica de no pensar las especificidades y diferencias. Me alegra mucho y fue con mucho placer que recibí la

invitación a estar aquí contigo, a hablar contigo, porque esto hace toda la diferencia. Tal vez no percibas la dimensión del impacto que esto tiene para el mundo psicoanalítico, pero podés tener la certeza de que el hecho de que hagan otras escuchas, que puedan oír desde otros lugares, impacta profundamente. No solo desde el punto de vista cultural: Uruguay, Brasil. Sino desde la posibilidad de la universalidad humana, en el sentido de que todos pertenecemos a la humanidad, a la categoría de *humanos*. Ahora bien, somos humanos con especificidades... Cuando Freud hablaba del narcisismo de las pequeñas diferencias se refería a esto: ¿por qué dice *pequeñas*?, exactamente porque son diferencias superficiales: el color de la piel, de los ojos, del pelo, de la lengua, y no de la naturaleza humana. Sin embargo, qué peligroso que es cómo esto nos aleja y nos hace pensar en la inferioridad del otro. Que podamos superar este pensamiento de superioridad y pensar y mirar con ojos de compasión, de acogida, y poder reconocerse humano en el otro. En este tiempo que vivimos, de invitación a la arrogancia, a la guerra, al desprecio de la humanidad del otro, a la valorización de la cultura estadounidense como si fuera el único modelo posible, esto es tan peligroso, ya nos eliminó y nos mató muchas veces en la historia de la humanidad.

Por mayor que sea la guerra, el ser humano no será eliminado, a no ser que nuestro planeta se autodestruya. Pero sería tan diferente si pudiéramos entender estas pequeñas diferencias como riquezas, como posibilidad de aprender otras formas de estar en el mundo, no como diferencias que nos hacen superiores o inferiores unos a otros.

M. EUGENIA: ¿Creés que el psicoanálisis tiene una especificidad en esto, una responsabilidad específica?

ISILDINHA: Sí, lo creo. Porque el psicoanálisis durante mucho tiempo hizo un acuerdo tácito con la historia, respondió a una determinada clase, se concibió neutra cuando nunca lo fue... Entonces, necesitamos estar atentas.

Tu juventud alegra mucho, sos una persona muy joven en comparación conmigo y con otros analistas que estamos próximos al fin de la carrera, y verte pensando y queriendo saber más sobre estas temáticas es maravilloso. Me hace esperar, en el sentido en que lo decía un gran educador nuestro, Paulo Freire: *esperanzar* es crear nuevas posibilidades de escucha, de aprendizajes. Yo espero mucho de esto. Durante mucho tiempo las escuelas se estancaron en una idea de círculo cerrado, de superioridad frente a otras miradas dentro de la psicología, por ejemplo. Hoy en día, el psicoanálisis llega a la universidad, pero antiguamente no, era psicología. Y son cosas diferentes, pero hay producciones interesantes e importantes allí también. No podemos pensar que solo el psicoanálisis es importante, porque es una de las posibilidades de ver al hombre. Y digo al *hombre* y no al *mundo*, como ya Freud decía —y cuidado con esto—: el psicoanálisis no es una forma de ver el mundo, es una forma de ver la humanidad. En su texto sobre clínicas públicas, él decía que tenemos que tener una escucha diferente en relación con personas que pertenecen a otras clases sociales, tenemos que tener cuidado de no imponerles a esas personas nuestro modo de estar en el mundo, nuestra visión del mundo; el psicoanálisis no es una visión del mundo, sino una forma de entender lo humano.

M. EUGENIA: Escucharte a vos también ha sido esperanzador en relación con este camino que elegimos y es de mucha emoción. Además, has tenido una generosidad y una disponibilidad enormes para compartir tu trayectoria con nosotros, realmente muchas gracias.

ISILDINHA: Yo te agradezco y creo que hay que estar disponible, para dialogar, para pensar juntos, para poder esperanzarnos, avanzar, ser más creativos. Freud nos dio esta pista —digámosle así—, él decía: «Hoy yo pienso así, mañana otros pensarán diferente». No es necesario que distorsionemos el psicoanálisis para abrir nuevas posibilidades, lo que precisamos es actualizarnos. Vivimos dentro de nuestro tiempo, él nos dejó esa lección.

Freud piensa el psicoanálisis a fines del siglo xix, principios del siglo xx, sobre la base de una familia pequeña, burguesa, europea. Nosotros somos del siglo xxi, otro tiempo histórico, con otros problemas y otros atravesamientos, y no dejamos de ser seres humanos, pero tenemos que pensar y actualizarnos según nuestro tiempo.